

EMMA MAURICIA

MORENO

Amor de otoño

LO QUE MENOS importa es el lugar y la fecha. La mujer estaba junto a su hija. No tenía trascendencia que fuera hija del Tejano, su tercer marido. Veinticinco años menor que ella. Un pobre jornalero. Feliz matrimonio pese a la diferencia de edades. Distintos orígenes, posición social, costumbres. Lo único que importaba para la mujer era la afinidad lujuriosa de sus noches eternas de luna llena.

Ahí estaba de pie junto a la cuna. Crespones raídos, poca luz en el salón. Suficiente claridad para contemplar ese pequeño fruto del amor carnal. No había sido lo mismo con sus anteriores maridos, escrupulosos y antiguos con ideales viejos y arrugados.

Ese amor había sido lo que siempre soñó. No le importaron sus cincuenta y cuatro años.

Él estaba en la cima. Casi la edad de Cristo. Alto, muy blanco, indio de Villa Victoria. Sin saber por qué, tenía cejas y nariz de judío. La mujer evocaba y hacía comparaciones. La niña se parecía a él. Sonrosada y con las cejas oscuras y pobladas. Manos blancas y lánguidas. Siempre quieta. Casi no abría los ojos. Él casi no encajaba en sus comentarios. Era mejor decir: ¡Nunca había abierto los ojos! ¡La excusa era que tenía diez días de nacida! ¡Ahí, de pie, junto a la cama! Crespones desteñidos, jirones hechos por el tiempo. Ropa heredada por la hermana con mejor suerte que la de ella. Telas finas y transparentes que dejaban ver a la pequeña. Ese gorro encajado hasta debajo de las orejas. Un gorro demasiado largo y ancho para el tamaño de la beba.



El Tejano se negaba a ver a su hija. Ya no quería nada con la madre. La mujer sentía rabia contra el hombre. Le repetía a toda hora y cada vez con más insistencia, que era el producto de su amor desmedido y que tenía obligaciones para con

ella. Un día logró convencerlo.

—Acércate— le dijo, —Tómala con tiento, es muy pequeña. Levántala en brazos—. El Tejano se acercó a la cama, se adueñó de la beba con mucho cuidado. Introdujo las manos. Sus toscas manos. Una bajo la ancha y larga gorra y la otra a la altura de las pequeñas nalgas. Todo lo hizo con tiento. Poco a poco. La mano derecha se deslizó sin problemas. La mano izquierda se perdió bajo una bolsa de agua tibia. Sintió hasta las entrañas que podía lastimar a su hija, retiró la mano con rapidez. Al hacerlo se llenó de un líquido viscoso, algo pegadizo escurrió por entre sus toscos dedos. La beba impasible no abrió los ojos. La mujer, ante el cuadro, soltó un grito lastimero: ¡La has matado!

La pequeña, indiferente. Su cara rosada, sus negras cejas, un poco caídas. Las manitas extendidas como las de un muñeco de trapo, la gorra por un lado flotando en ese líquido glutinoso que saltó de su mollera. LC